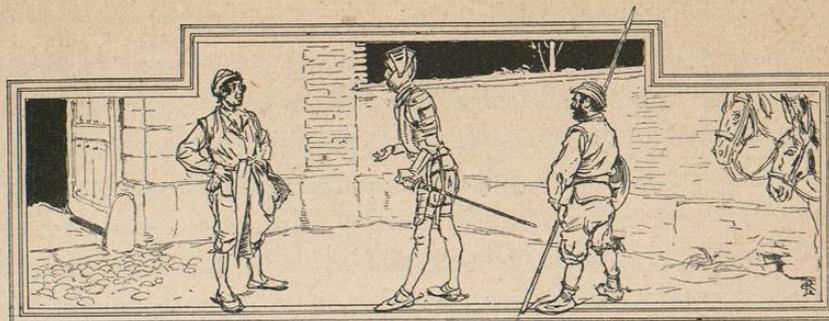


po el bachiller para concertar con el ventero lo que se debía hacer, empezando por suavizarle con una buena porción de unto de Méjico. El ventero tomó por suya la hacienda, y prometió haberse de tal modo, que el bachiller saliese con su empeño. Retrájose éste á su cuarto, donde sin más ni más se caló unas narices de que venía provisto, ni tan desafortadas como las de Tomé Cecial, ni tan por el estilo regular que viniesen á parecer naturales. Lo cierto es que eran tan bien hechas, y el demonio del bachiller sabía acomodárselas tan bien, que si las tuviera uno en la mano, dudara todavía de su naturaleza. Una peluca, además, y unas barbas muy desemejantes de las suyas propias, y quedó tan otro, que no le conociera el papa, ni todos los cardenales juntos, si para sólo examinarle se reunieran en consistorio secreto. Paramentado de este modo, salió el truhán, y se puso á medir el corredor á largos pasos, á vista y paciencia de los huéspedes. Nadie le reconoció, con ser que mucho le miraron todos; antes se estuvieron admirados de aquel inglés tan desenvuelto, por no decir insolente, que así rompía por medio de ellos, sin tener cuenta con persona.



CAPITULO LII

DE LA LLEGADA DE D. QUIJOTE AL CASTILLO DEL SEÑOR DE MONTUGTUSA

Entraron por fin D. Quijote y Sancho Panza, á quienes se vino el ventero con demostraciones de grande humildad, diciendo ser el alcaide de la fortaleza. «El señor del castillo me tiene mandado acoger y obsequiar á los caballeros de pro, hasta cuando él en persona sale á recibirlos. — ¿Quién es el castellano, señor alcaide, si sois servido?, preguntó D. Quijote. — El castellano, señor, es el barón de Montugtusa. Su mujer, la bella Sebondoya, habita el castillo con su señor y marido. Vuesa merced se apee, que yo le muestre luego el ala del palacio donde se ha de alojar con su comitiva. — Mi comitiva no pasa de mi escudero, señor alcaide: con una cámara estaré servido, sin que vuesa merced se tome la pensión de desocupar todo un costado del alcázar. No soy de los que se andan á la flor del berro, trayendo consigo mangas de lacayos, provisiones de gusto y enseres de todo linaje. Los andantes nos vamos libres de todo lo que huele á conforto y molicie; nuestro descanso es la fatiga, el hambre nuestra hartura. Soy contento de que el señor del castillo esté presente, junto con la castellana, quien debe de ser una de las más apuestas y principales de estos señoríos. — Tenemos en el castillo, repuso el ventero, á un famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha, cuyo sentir es igual en un todo al de vuesa merced respecto de la bella Sebondoya.

— Eso es hablar de fantasía, señor alcaide, respondió escamado D. Quijote: ¿un famoso caballero llamado D. Quijote de la Mancha? — A fuerza de súplicas, dijo el ventero, se ha conseguido que permanezca dos días más en el castillo: de tal modo se prendaron de él los castellanos al punto que le vieron, principalmente la castellana, que dieran los dos ojos de la cara por que se quedase del todo á vivir con ellos. La bella Sebondoya se ha hecho traición á sí misma, podemos decir, por la timidez y el rubor con que le mira á furto de su esposo. Y no se me vaya la boca; ni soy dueña amiga de chismes que no desaprovecha ocasión de sacar á la calle las flaquezas de su señora. De qué bebedizos amatorios, de qué vistazos hechizados se vale el tal caballero para cortar el ombligo á las hermosas, no lo podría yo decir; lo cierto del caso es que, no solamente la sin par Sebondoya, sino también sus damas de honor, sus doncellas y hasta las fregonas del castillo están á punto de cruzarse la cara á navajazos por el huésped.»

D. Quijote había echado pie á tierra, lo mismo que Sancho Panza, y rostro á rostro con el ventero, dilucidaba una materia tan sutil y trascendental como el haber tomado su nombre algún embaidor, á fin de aprovecharse de su fama y los honores á ella correspondientes; si no era más bien que el sabio su enemigo andaba urdiendo una trama para causarle nuevos sinsabores llevado de la envidia. Como hombre que poseía el don de acierto, no quiso el manchego dar así, de primera instancia, un solemne mentís al falso D. Quijote y al verdadero alcaide; y contentándose con hacerle á éste algunas significativas interrogaciones, dejó para tiempo más oportuno el quitarle la máscara al audaz embustero, y arrancarle un nombre que le era tan ajeno por las grandes cosas y las perfectas caballerías que significaba. «¿Dígame vuesa merced, señor alcaide, ¿ese caballero se contenta con llamarse D. Quijote de la Mancha, ó trae algún anexo derivado de sus hechos de armas ó de sus tribulaciones? — La primera vez que vino, respondió el alcaide, se llamaba «el Caballero de la Triste Figura;» mas ha tenido á bien dar de ma-

no á este como resumen de desdichas, y ahora, con mejor fortuna, se llama «el Caballero de los Leones,» por haber, en cierta ocasión, hecho rostro á media docena de estas fieras, vencí-dolas y matá-dolas á todas; sin parar en esto, sino en pelarlas y desollarlas, con ánimo de vestirse de sus pieles, como dicen que hacía un cierto Aljibes. — Alcides, señor alcaide,» corrigió don Quijote. Metió Sancho su pala, y dijo: «Testigo yo: mi amo se puso con esos animales; que me parta un rayo si miento. Pero, lo digo como católico, hasta ahora no le he visto cubierto de esas pieles. — ¿Qué se os alcanza de estas cosas, amigo entrometido?, respondió D. Quijote; ¿quiere su villana señoría dar por resueltas materias intrincadas, en las cuales yo mismo tengo mis dudas, y no me atrevería á decir esto es así ó asá, porque andan metidos en ellas más de un sabio encantador? ¿De dónde sabes, escuderillo zascandil, que estos que te parecen jubón de camuza y gregüescos de velludo no sean en realidad casacones imperiales y calzacalzones de cuero de león, debajo de los cuales anda el caballero que, si no ha vencido todavía, puede vencer á más de cuatro de esas furibundas alimañas? ¿Viste si los temí? ¿Te consta si los provoqué? ¿Sabes si rehuyeron la pelea y me lamieron los pies en señal de vasallaje? Si recogen el guante, me combato con ellos; si me combato, los venzo; si los venzo, les corto la cabeza. ¿Pues qué mucho que me vista de la piel de los leones á quienes provoqué, vencí y corté la cabeza? — Todo puede ser, dijo el ventero: sígame vuesa merced, que ya conviene aposentarle y darle tiempo para el afeite de su persona.»

Adelantó el ventero, y D. Quijote, llegándose á Sancho, le dijo pasito: «Oye, bestia, ¿no caes en la cuenta de que aquí hay gato encerrado y de que nos conviene mucha habilidad hasta cuando entre la espada? ¿No ves cómo damos aquí con un D. Quijote, á quien será preciso despanzurrar, en pena de su atrevimiento y bellaquería? Mientras llega el instante de dar patas arriba con el impostor, yo no soy nadie, ¿entiendes? Guárdame el secreto, que yo voy á guardar el incógnito; y veremos en lo que paran estas cosas.» Pasó adelante el caballero, y encontrando al bachi-

ller Sansón Carrasco, que con gran entono se estaba paseando en los corredores, le hizo una venia señorial, como á persona de su gremio, siendo así que entre caballeros la cortesía no deja de reinar ni en medio de las armas. Señalóle su cuarto el alcaide, y le dijo que no sería imposible tuviese en él un compañero de su propia calidad; porque estando, como estaba, la venta llena de gente, fuerza sería acomodar dos ó tres individuos en un mismo aposento. «¿Cómo es eso de venta?», preguntó D. Quijote. — Digo, castillo, señor caballero. No por serlo, y de los principales, sobra espacio, cuando como ahora aciertan los andantes á llegar por docenas. ¿No oyó vuesa merced el son de las campanas y bocinas cuando el atalaya le hubo columbrado? — Sí, oí, repuso D. Quijote. Merced me haréis, señor alcaide, en dar orden como se mire por este mi buen caballo, que harto merece la hospitalidad del señor de Montugtusa. — Y por el que no le va en zaga, dijo Sancho: Dios sabe si yo diera mi rucio por toda una dehesa de potros andaluces. — Se les mantendrá con manjar blanco,» respondió el ventero. Y se mandó mudar la buena pieza, mientras D. Quijote y su escudero tomaban posesión de su cuarto.



CAPITULO LIII

DE CÓMO SALIÓ EL MAESTRO PELUCA EN LA REPRESENTACIÓN DE SU COMEDIA

Se había ya lavado y aderezado D. Quijote, cuando el alcaide del castillo se presentó á convidarle á la representación de la comedia que iba á dar, dijo, una de las primeras compañías teatrales de España. Aceptó de mil amores D. Quijote, y salió par á par del bachiller Sansón Carrasco y su escudero Sancho Panza. El teatro estaba armado, y de tales proporciones, que las tragedias de Sófocles se pudieran ofrecer allí. Corrido el telón, se vió la escena de Lanzarote del Lago y la reina Ginebra en el dichoso conflicto que perdió para siempre á la tierna Francisca de Rímini. El doctor Casimiro Extradibaús no lo pudo sufrir, y poniéndose de pies requirió al cielo que lanzase sus rayos sobre esa venta maldita, y dijo que sólo en tierra de moros podían verse cosas semejantes. «Sentaos, buen hombre, respondió el bachiller Sansón Carrasco, y mirad que nada tienen de malo estos amenos lances de dos enamorados. Pensad como gustéis, vosotros los hombres de las tinieblas; yo tengo placer en estas donosas y suaves ocurrencias.» D. Quijote de la Mancha se levantó á su vez y dijo: «Lanzarote, desde luego, fué buen caballero y gentil enamorado; y la reina Ginebra, una de las más famosas señoras de la caballería; mas no echo yo de ver la necesidad de sacar á la calle sus flaquezas, en perjuicio, no solamente de su propio decoro, sino también de la honesti-

dad pública. — Deje vuesa merced á estos curiales; repuso el bachiller, que se vayan á contar sus dieces, y gocemos nosotros del espectáculo que nos ofrecen estos hábiles artistas. ¿Qué hay allí, en suma, sino un suave desfloramiento de los labios, y qué tiene de reprehensible el que un mancebo apasionado coja como al descuido un poco de crema de felicidad, sin daño de tercero? — ¡Para tales actores, tales espectadores!, dijo en voz alta el doctor Casimiro Extradibaús. — Mirad donde os ponéis, amigo picapleitos, respondió el bachiller: no estamos aquí para dejarnos reprender y jorobar por quisquis de vuestra ralea. — ¡Vamos, señores!, gritó el tío Peluca en el escenario; ¿sigue ó no adelante la representación? ¿O son vuestas mercedes quienes dan la comedia? — En el repertorio de vuestas mercedes habrá, me parece, dijo D. Quijote, piezas que, sin perturbar á algunos espectadores, nos sirvan de entretenimiento á todos. Los trances más gratos de la vida suelen ser aquellos á los cuales el misterio comunica interés: las pasiones más dulces son las que se desenvuelven honestamente, y los placeres más delicados los que gozamos sin perder el respeto á la sociedad humana. Si es verdad que para que la inocencia nos proporcione alguna dicha ha de ser maliciosa, es asimismo cierto que la malicia sin delicadeza viene á ser vicio y descaro. Lanzarote pudo haber cogido la flor de los labios de la reina Ginebra, ¿mas qué necesidad tenemos de remedar á la faz del mundo lo que ese caballero hizo sin más testigos que Dios y su conciencia? La reina Ginebra, por otra parte, no perdió con ese desliz el derecho á la protección de los andantes; y aun por eso me opongo al pregón ofensivo que quieren dar estos histriones, previniéndoles que, si mi voz no es suficiente, entrará aquí mi espada. — ¡Con mil diablos!, gritó de nuevo el tío Peluca, ¡déjese hablar á mis personajes! ¿Vuelvo á preguntar si son vuestas mercedes ó nosotros quienes damos la comedia? — Por las razones que alega vuesa merced, dijo el bachiller Sansón Carrasco á D. Quijote, convengo en que se cambie la pieza; mas de ningún modo influido por los ululatos de este cabeza torcida que tiene cara de hacer

mucho más de lo que le saca de madre. — ¿Qué pieza quieren vuestas mercedes?, preguntó el director del teatro. Como ella sea de las mías, yo haré el gusto de todos.»

El doctor Mostaza, en quien la rectitud de ideas de D. Quijote y la elevación de los sentimientos de su ánimo no hacían sino infundir más y más odio, alzó la voz y dijo: «Donde estoy yo no manda nadie: la comedia de Lanzarote se ha de representar, y no otra. Vuesa merced no quiere la de la reina Ginebra, añadió dirigiéndose á D. Quijote; yo la quiero. Anden esos señores cómicos; si no, por Dios vivo que me han de ver enojado. — Veamos, respondió D. Quijote, ¿cómo se toma vuecelencia para que prevalezca su voluntad?» El doctor Mostaza, haciendo de tripas corazón, con energía facticia tras la cual estaba resolviendo el miedo, soltó una desvergüenza de á folio. Se le fué encima D. Quijote, y asiéndole por las orejas con entrambas manos, le sacudió de modo que si no acuden el ventero y el bachiller se las arranca de cuajo. Libre el pobre Mostaza de ese vestiglo, se escabulló como pudo, y restablecida la paz, el maestro Peluca dijo: «¿Gustarían vuestas mercedes de la escena de la sin par Oriana cuando está encerrada en el castillo de Miraflores? — ¿Por qué está encerrada?, preguntó el bachiller. — Como D. Amadís de Gaula, respondió el tío Peluca, es tan llorón, un día se pone á llorar á los pies de su dama; y tantas echa, que el corazón de la señora se reblandece; y así, medio loca y medio muerta, sin saber lo que hace, hace lo que no debe. El llorón de Amadís sigue llorando, y la sin par Oriana, como queda enunciado, se encierra, porque le ha sucedido lo que la obliga á estar encerrada. — Yo sé lo que le ha sucedido, dijo D. Quijote. Si en algo tiene el maestro Peluca la integridad de sus barbas, guárdese de tocarme á un pelo á la memoria de esa dama. Así sufriré se aluda á ese triste acontecimiento, como que se me ponga la mano en la cara. Si no hay en su repertorio sino farasas y comedias ofensivas á las señoras y los caballeros andantes, desbarátese esta máquina ó teatro, y váyanse noramala los histriones menguados que no aciertan á satisfacer á ninguna per-

sona. — Sin agravio de nadie, volvió á decir el director, voy á dar á vuestas mercedes tal pieza que han de quedar saboreándose con ella más de un año.» Cayó el telón, y después de un intervalo de quince minutos, alzado de nuevo, se vió á Pepe Cuajo en ademán de pasearse airado y taciturno delante de una dama que estaba allí cabizbaja. «¡Ha venido!, dijo de repente. — ¿Quién ha de venir, señor? ¿Para qué ha de venir nadie en vuestra ausencia? Algún enemigo de vuestro sosiego y mi felicidad os perturba el ánimo con falsos avisos, con perversas insinuaciones. — ¡Ha venido!, repitió el terrible Cuajo, y volviendo á su aspecto sombrío, dijo: ¡Dulcinea, vas á morir! — ¿Qué es eso de Dulcinea?, preguntó el bachiller Sansón Carrasco: ¿quién es el atrevido que va á matar á Dulcinea? ¿Matar á Dulcinea en mi presencia? ¿No pasarán por la punta de mi lanza veinte, treinta y aun cuarenta de estos desalmados, antes que me toquen á la orla del vestido á esa señora? — A nadie le incumbe ni atañe la defensa de Dulcinea, dijo á su vez D. Quijote, sino al caballero que la sirve: tanto sufriré yo que estos farsantes maten á Dulcinea, como que ningún caballero de contrabando la tome bajo su amparo y custodia. — ¡Por la Virgen Santísima!, gritó el maestro Peluca, dejen que cada cual haga la figura que le pertenece y no me interrumpen á cada paso la representación. ¿Cuándo quieren vuestas mercedes que concluyamos, si no me dejan principiar? — Es cabalmente lo que quiero, respondió el bachiller, que no se principie á matar á Dulcinea, y menos que se acabe de matarla. Pero ¿quién será el que principie semejante desaguizado y cuándo se acabará tal superchería en las barbas del caballero que la sirve? — ¡A Dulcinea no le sirve sino un caballero, y ése soy yo!, dijo D. Quijote. Por un mismo camino se habrán de ir los que quieren matarla como los que tratan de defenderla por derecho propio.» Aquí intervino el ventero y dijo: «Señores, éstas no son cosas de veras, sino ficciones agradables y embustes curiosos con que esta gente se ha propuesto divertirnos. La vida de esa señora está en salvo; y así, vuelvan vuestas mercedes á la tranquilidad del espíritu y el silencio que ha menester

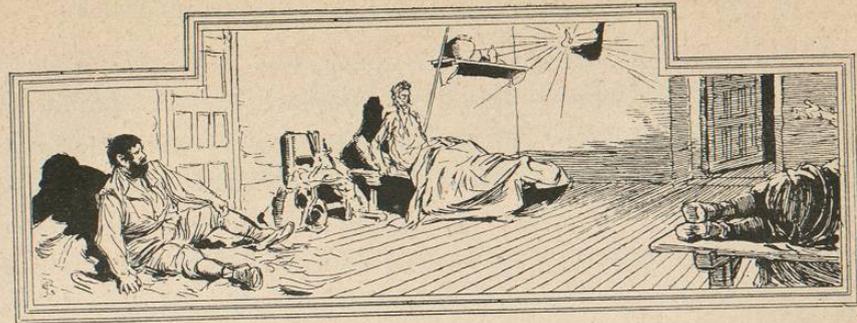
la representación. — Si no son cosas de veras, peor aún, respondió D. Quijote: el bellaco que ha hecho á Dulcinea un cargo sin fundamento, pagará su avilantez y alevosía.»

El pobre tío Peluca estaba ya fuera de sí. Por concluir cuanto antes su comedia, le dió un corte más allá de la mitad; y asomándose á la orilla de las tablas uno de los personajes, dijo:

«¡Miefé, señor caballero!,
Ella diga quien le agrada;
Y de aquel sea adamada
Aunque yo la amé primero.»

— Esta Dulcinea no debe de ser la mía, dijo á su vez el bachiller Sansón Carrasco, supuesto que anda en tales pasos. — Ni la mía tampoco, respondió D. Quijote; pero basta que se llame Dulcinea para que yo castigue rigurosamente el menor agravio irrogado á su persona. En cuanto á lo demás, para que sepamos á cuál ha de pertenecer la dama, conviene averigüemos cuál es el de su preferencia, el grande ó el chico; ni permitiré yo que sea entregada contra su voluntad al que no es de su gusto, y menos que pase á manos de nadie sino por la puerta de la Iglesia. — Vuesa merced hace bien, dijo Sancho, rompiendo un silencio que no podía ya sobrellevar; si se unen, que sea como católicos; y no vengamos con que el galán se fué, y con que la niña se quedó, y no así como quiera, sino encerrada, porque le ha sucedido lo que la obliga á estar encerrada, como dijo el otro. Obispo por obispo, séalo Domingo; y hacientes y consentientes pena por igual. A mí tan feo me parece el grande como el chico; y todavía, en caso de no poder más, primero ese bestión desmedido que ese chisgarabís. Cásense, cásense; ellos se mueren por ella, ella los quiere bien: pues manos á la obra. — ¡Que no te hayas muerto ahora ha cuarenta años, demonio!, exclamó don Quijote: y como siguiese tronando y relampagueando con grandísimo enojo: «Vamos, dijo tío Peluca, con este loco no hemos de hacer nada. Desbarátese este tablado, y á dormir, para que podamos madrugar. — No es loco, sino tonto, respondió D. Quijote;

pero no tiene mal corazón. Prosigan vuestas mercedes, que la pieza no puede ser más interesante.» El bachiller Sansón, á quien más divertía esta comedia que la del teatro, se puso de pies y dijo: «Dígame el tuátem ó director de la farándula, ¿cuál es el loco á quien ha querido aludir? ¿Loco, en presencia de caballeros andantes que pueden castigar su demasía? Filipino, Antígono, Sertorio, Aníbal fueron tueros como vos, don bellaco probado; pero esto no os ha de librar de la furia de mi ánimo y la fuerza de mi brazo.» Tío Peluca era de suyo amigo de la paz y concordia; pero cuando le andaban por las barbas daba pruebas clásicas de atrevimiento. Soltó, pues, una carretilla de desvergüenzas tales, que tanto el verdadero como el falso D. Quijote se le iban encima, cuando el mal hablado farsante puso pies en polvorosa, y el ventero intervino diciendo que, como alcaide de la fortaleza, á él le correspondía la represión de esos atrevidos y él sabría poner las cosas en orden.



CAPITULO LIV

DE LO QUE SUCEDIÓ ENTRE LAS CUATRO PAREDES DEL APOSENTO
DE LOS HUÉSPEDES

Porfió tenazmente D. Quijote por írseles encima á los farsantes; pero hubo al fin de ceder á las razones del bachiller, quien le seguía diciendo: «La cuchilla, señor caballero, empleada por Aquiles en Héctor, por Eneas en Turno, por Bernardo del Carpio en Roldán, ¿quiere vuesa merced emplear en gente cautiva y desdichada? — Roldán era encantado, respondió D. Quijote, y no podía ser herido sino por la planta del pie izquierdo; no pudo, por consiguiente, Bernardo del Carpio emplear en él su espada. Como le mató en Roncesvalles fué apretándole en sus brazos hasta hacerle echar el corazón por la boca. — Esas son quisquillas, replicó el bachiller: hilvanar y coser y hacer randas, todo es dar puntadas. Lo que hace á mi propósito es manifestar á vuesa merced cuán fuera de los usos caballerescos estaría el tomarse un andante de los más famosos con un pobre esguízaro que acierta á lo más á llamarse tío Peluca. La espada..... ¿sabe vuesa merced lo que es la espada? Con ella enderezamos tueros, castigamos sinrazones, levantamos caídos, remediamos desdichas, desfacemos agravios. — Sancho tiene la culpa, repuso don Quijote, que no está pronto á hacer suyos estos lances. La verdad de la verdad, señor caballero, es que Tizona y Colada no beben sangre de villanos. — ¿Tizona y Colada ha dicho vuesa mer-